

The book cover features a dramatic scene where a man in a dark, hooded jacket is seen from behind, looking out over a city. In the distance, a massive, white, multi-limbed monster with glowing red eyes stands amidst a cityscape of tall buildings, some of which are on fire. The sky is filled with smoke and a fiery orange glow. The title 'EL HOMBRE TRAS EL MONSTRUO' is written in a bold, white, sans-serif font at the top, and the author's name 'FRANCISCO JOSÉ SEGOVIA RAMOS' is at the bottom.

**EL HOMBRE TRAS EL MONSTRUO**

**FRANCISCO JOSÉ SEGOVIA RAMOS**



## EL HOMBRE TRAS EL MONSTRUO

**Primera edición digital:** mayo 2021

**ISBN:** 978-2-490290-63-5

**Colección:** Medianoche #12

**Autor:** Francisco José Segovia Ramos

**Ilustración de cubierta:** Manuel Millán ([www.manuelmillan.net](http://www.manuelmillan.net))

**Prólogo:** Eduardo Moreno Alarcón

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



# **EL HOMBRE TRAS EL MONSTRUO**

**FRANCISCO JOSÉ SEGOVIA RAMOS**

# La bestia que te habita

**E**l ser humano es paradójico. Contradictorio y peligroso para sí. Lo es por naturaleza. Por su propia esencia mixta, esquizoide, a caballo entre los dioses y las bestias. Autómata de huesos, piel y sangre. Tan frágil como cruel. Criatura que disputan la razón y la emoción: difícil equilibrio que, a veces, como le ocurre a la cordura, acaba por quebrarse.

Tras un corsé civilizado, el hombre lleva dentro su animal: su propia bestia primigenia. La que somos; la que siempre hemos sido; la que negamos o nos niegan. Sí. La sociedad se encarga de coartar cualquier retorno a lo salvaje, al simple tacto con la tierra, a nuestro origen y raíz. Por eso la bestia que habita en nosotros protesta, se revuelve y reclama su espacio.

Sin embargo, de vez en cuando hallamos válvulas de escape. Los sueños nunca pueden cercenarse.

Hay algo de soñador en cada ser humano. Soñando somos un poco más libres. Los sueños son refugio y nos acercan a la bestia, al monstruo interno. Al despertar, ya conscientes, anhelamos la felicidad. Pero ¿dónde está la verdadera felicidad? ¿Cómo se logra? ¿Qué nos impide alcanzarla?

*El hombre tras el monstruo*, además de un festín para los amantes de la fantasía, tiene un calado humano que conmueve. Sus páginas evocan la mejor literatura de ciencia-ficción de todos los tiempos. La novela rezuma clásicos del género como Verne, Bradbury, Wells, Bulgákov, Matheson, Lovecraft, Renard, los pulp americanos y, sobre todo, el *Frankenstein* de Shelley. Es en su hondura poética, en el monólogo dramático del monstruo, donde Francisco Segovia alcanza cimas de maestría que emparentan su criatura con el clásico y que, por su magnífica riqueza, consiguen revisarlo y trascenderlo.

Esta novela es mucho más que un simple homenaje o collage. Con

prosa delicada, precisa y trepidante, Segovia Ramos nos sumerge en una atmósfera veraz. En un ejercicio de difícil sencillez, logra encajar la prodigiosa miscelánea de elementos que conforman el libro: escenarios, personajes y un derroche de ficción.

La historia se sitúa en futuro no lejano –año 2043–, creíble, despojado de aburridos tecnicismos o complejas distopías. Narrado en primera persona, la trama nos sumerge en un ambiente japonés muy bien urdido, con pinceladas costumbristas magistrales. El latido narrativo es incesante, jamás decae.

*El hombre tras el monstruo* atrapa y encandila. De principio a fin. El mismo arranque ya nos pone en guardia. Sembrada la zozobra, ya no podemos escapar. El lector queda prendido del relato, ligado al devenir de su febril protagonista. Francisco Segovia hace alarde de un estilo consumado, brillante en prosa y diálogos.

La novela tiene el poso divertido, entrañable, de las películas de serie B –un guiño, entre otros, a Godzilla, Gamela o King Kong–. También el ritmo poderoso de la acción. Un cóctel de ingredientes que se entrelazan con oficio de artesano: amor, ciencia, desdoblamiento, engaño, persecución, intereses belicistas, metamorfosis como cambio no ya físico, sino, sobre todo, anímico.

Como excelente secundario, destaca el personaje del científico Kazuki, compendio literario de sus muchos precursores.

Avanza la novela, endiabladamente. La sociedad encubre la mentira. Los roles se invierten: la bestia huye del hombre.

Y llegamos a un final conmovedor, sugestivo y poderoso, de ésos que dejan huella. Se cierra el libro y surge inevitable la pregunta: ¿quién es el monstruo en realidad?

**Eduardo Moreno Alarcón**

Escritor

## Primera parte

Nunca me gustaron los monstruos. Detesté a King Kong desde el mismo momento en el que supe de su existencia. Me importaba muy poco que la isla Calavera<sup>1</sup> se pudiese hundir en el mar con toda su fauna impropia del siglo XXI. Nada me decían Godzilla y Gamela, nacidos tiempo después del gran gorila cerca de las costas del Japón, cuyas resonancias nucleares les daban apariencia de mitos que, en realidad, no lo eran para mí. Ni me impresionaban sus descomunales tamaños, ajenos a las más elementales leyes de la física, ni tampoco su extraña obsesión por destruir todo aquello que encontraban a su paso, grandes ciudades incluidas. Sus épicas batallas con seres de similares características me resultaban tan aburridas como una partida de dominó en un centro de ancianos. Hasta las enigmáticas apariciones de seres repulsivos en el valle del Miskatonic<sup>2</sup> me dejaban indiferente a pesar del horror y la muerte que dejaban tras su paso. Esta opinión sobre tales tipos de bestias –y, por extensión, del resto que se les pareciese, tuviesen el tamaño que fuera– la manifesté repetidas veces siempre que la ocasión lo requería, muchas de forma vehemente. En definitiva, y dicho de forma concluyente: aborrecía los monstruos.

Hasta que las circunstancias hicieron que cambiase de opinión.

Aunque todo el mundo conoce parte de los hechos o, al menos, aquellos que las agencias de comunicación y los malos reporteros han publicado, nadie sabe con exactitud y detalle la verdadera historia de *Rea*<sup>3</sup>, o *Watashi wa nogasu*<sup>4</sup>, también llamado *Akai*, el

---

1 *Isla donde habitaban King Kong y otras bestias prehistóricas.*

2 *Valle imaginario donde Lovecraft sitúa algunas de sus historias.*

3 *Raro, en japonés.*

4 *Extraño, en japonés.*

*de los ojos rojos, o el monstruo de Kioto*, el enemigo número uno del Japón y, por extensión, de la humanidad al completo, según divulgaron los medios de información del mundo entero. No, no exageraban un ápice, pero, a fuer de ser sinceros, tenían que haber contado con mi opinión, de haberla podido dar en su momento.

La historia comenzó un mes de enero del año 2043, o quincuagésimo quinto año Heisei, en el calendario nipón, en una mediana ciudad en el interior del Japón de cuyo nombre no quiero acordarme. Yo trabajaba como camarero en un restaurante para turistas, de esos en los que se preparan las comidas para hacerlas más simpáticas y adaptadas al paladar occidental. El pescado crudo nunca ha sido una de mis comidas preferidas, pero he de reconocer que Rina, la mujerona responsable de la cocina y esposa del dueño del local, es una maestra en el arte del *sushi*, y no hay cliente que no saliera satisfecho de nuestro establecimiento, *La bella Geisha*. Un sitio casi idílico, ubicado en una callejuela que rezumaba tradición japonesa, con las casitas de madera y los pórticos llenos de flores. No era muy amplio por dentro, pero sí cómodo, acogedor en extremo, con una música tradicional de fondo que acompañaba las degustaciones de la clientela. En las paredes colgaban cuadros con paisajes bucólicos, dibujados con trazos finos y esquemáticos pero soberbios y resplandecientes, dignos de la mejor tradición autóctona en el arte de la pintura. En fin, no era un mal lugar para trabajar, salvo por el opresivo y pegadizo olor a pescado que lo impregnaba todo, hasta el tuétano de los huesos.

Llevaba residiendo en el país oriental más de diez años. Llegué en calidad de joven veinteañero inquieto que buscaba nuevas metas y quería conocer otras culturas y otros mundos. Mi impresión inicial, una vez en el aeropuerto de Narita, fue que la enormidad y la tecnología invadían la vida cotidiana de los habitantes de las islas. Fue una sensación un tanto peculiar, mezcla de curiosidad, miedo y expectación. No pensé entonces que esa primera aventura oriental se perpetuaría más allá de unas pocas semanas.

El Japón había cambiado muchísimo desde sus días de esplendor como potencia económica industrial, allá por los albores del siglo

XXI, y tras la Segunda Gran Crisis de los Mercados devino una potencia menor, por lo que fue excluido del G7 y, por ende, de los demás *Ges*, siendo desplazado en esos foros por su rival milenaria, China, cuyo poder económico y militar la encumbraron a potencia hegemónica del globo. A partir del primer cuarto de siglo, sus gobiernos realizaron políticas más austeras, a la par que un movimiento, llamado *Retorno a los orígenes*, mezcló tradición con modernidad y reclamó el derecho y el deber de cada japonés de recuperar los valores patrios, entre los que se contaban la comida, el arte y el concepto de vida del guerrero samurái. A pesar de que hubo un revisionismo histórico con el que se pretendió limpiar –e incluso exculpar– la conducta criminal y deleznable de parte del ejército japonés durante la Segunda Guerra Mundial, no llegaron a los extremos de sus ancestros del siglo XX, ni se embarcaron en ninguna aventura bélica expansionista, pero se encerraron tras las líneas de la costa e impulsaron un turismo que tenía más de *reality show* que de realidad social y política nacional. El resto del mundo, sumergido en sus propios problemas, los dejó ir a su aire.

De todas formas, y a pesar de estos precedentes, como ya he dicho, llegué para unas semanas y me quedé de manera definitiva, enamorado de su sorprendente cultura y, cómo no decirlo, de Yusura<sup>5</sup>, la cual, honrando su nombre, me llevó a probar los dulzores del cerezo en la primavera. La conocí por casualidad, ajeno a lo que nos deparaba el futuro, durante uno de mis eternos paseos por unos tranquilos y coquetos jardines, remansos de paz en mitad de la vorágine de la urbe. Un helado junto a una fuentecilla, una conversación que se inició por mera educación y devino curiosidad mutua, una muy tímida petición por mi parte de volver a vernos y un té compartido la tarde después fueron el prólogo de una emocionante aventura amorosa.

Con ella aprendí a hablar y escribir su complicado idioma, a entender las costumbres y a practicar el difícilísimo arte del amor, que en occidente hemos convertido en un mero objeto de consumo

---

5 *Yusura significa flor del cerezo, cereza, en japonés.*

de usar y tirar. Yusura no era una chica especial por sus atributos físicos, aunque sus ojos rasgados, que siempre se negó a operarse para parecerse a una occidental, como era moda entre las jóvenes de su entorno, me parecían los más bonitos del mundo, dos estrellas negras en un rostro encantador. En cambio, sí que era una auténtica experta en la cama, cosa que a cualquier europeo hubiera sorprendido debido a los prejuicios heredados del desconocimiento y de un eurocentrismo exacerbado por la ignorancia, como era por desgracia mi caso. Pero de la sorpresa al descubrir mis falsas ideas sobre el Japón a la grata costumbre de disfrutar en su compañía fue un visto y no visto. Dos meses después de conocernos, y tras el oportuno consentimiento de su madre, una viuda amable, nos casamos por el rito sintoísta en una sencilla pero emotiva ceremonia a la que acudieron los necesarios testigos y apenas una docena de amigos. Aunque ateo convencido, renuncié a mis principios por ella, y tampoco –he de confesarlo– me disgustaba una religión cuyo dios está en la naturaleza y no inscrito con letras doradas en libros considerados casi mágicos escritos por hombres y manipulados por intereses espurios que los han utilizado para justificar guerras, persecuciones e injusticias.

Así fue como Matías Pérez, o Mati, como me comenzaron a llamar mis amigos japoneses, se hizo uno más de ellos, aunque con ojos de pollo –como decían que yo los tenía, por lo grandes y redondos– y pelo ensortijado, algo poco corriente en el archipiélago.

Pues bien, como decía, llevaba más de diez años muy integrado en la vida local, cuyas usanzas asumía como si hubiera nacido allí y mis raíces estuviesen arraigadas en las faldas del imponente monte Fuji. Me levantaba apenas se alzaba el sol por el horizonte. Desayunaba como un japonés más y algunas mañanas, si tenía tiempo y ganas – casi siempre los domingos–, preparaba un desayuno tradicional, con sopa de miso blanco, salmón a la parrilla, tortilla y arroz cocido con un estofado de algas y un poco de ensalada. Por supuesto, el café no podía faltarme. Sin él me sentía poco menos que un mueble desvencijado, un títere sin hilos. Un detalle, el de esta infusión, que rompía la estética nipona pero que consideraba imprescindible para

soportar un día en la frenética actividad de *La bella Geisha*. En definitiva, la cafeína me daba ese plus que necesitaba.

Al terminar esa primera comida del día, ávido de gastar energías – mi tiempo para hacer ejercicio o acudir a un gimnasio era escasísimo dado mi horario laboral–, me vestía con una discreta ropa deportiva, salía animado de mi domicilio y recorría a un buen ritmo las medio desiertas calles. Algunos negocios, empero, siempre abren a esas horas, y hasta había comerciantes que se permitían anunciarme su mercancía como si no me conociesen de todas las veces que había recorrido el mismo trayecto antes, siempre ajeno a sus proposiciones. Por supuesto, nunca perdían su sonrisa, ni su amabilidad, ni dejaban de gesticular de una manera que desde el principio me ha resultado simpática.

Después de volver a casa, asearme y cambiarme, y una vez en el restaurante, tanto Rina como Issei, su esposo, se encargaban de tenerme atareado hasta última hora del día, con la ligera pausa del mediodía para tomar un arroz cocido con acompañamiento de pescado, como no podía ser de otra forma en *La bella Geisha*.

Yusura, entre tanto, marchaba a sus tareas a la cercana universidad, un variopinto y moderno complejo de edificios modernísimos construido hacía poco menos de cinco años para sustituir a las antiguas y obsoletas instalaciones universitarias, donde era responsable de uno de los laboratorios. Allí, aparte de investigar en diferentes proyectos, a veces daba conferencias o clases magistrales a jóvenes procedentes de institutos, a los que debía secuestrar durante una o dos horas del *manga* y el béisbol para sumergirlos en las bondades y beneficios casi ilimitados de la ciencia. Dudo que lo consiguiera alguna vez por completo pero, vistos los extraordinarios resultados conseguidos por los científicos japoneses en el ámbito internacional, reconozco que la primera impresión no es la que vale, a fin de cuentas.

Por lo dicho con anterioridad ha de concluirse que yo no era desgraciado, a pesar de esa vida monótona y cronometrada casi al minuto, parecida a la del resto de mis conciudadanos. Pero quería algo más, eterna desdicha del espíritu humano, nunca conforme con

lo que tiene. El cambio no pasaba, ciertamente, por regresar a mi país natal, inmerso en una crisis que no había superado desde la primera década del siglo, y gobernado por políticos cuanto menos incompetentes, por no hablar de una corrupción galopante a la que nadie podía –o quería– poner término, comenzando por un monarca dilapidador de riqueza y mujeriego, y acabando por unos representantes del pueblo pagados de sí mismos y a merced de las grandes multinacionales. A consecuencia de esto hoy en día es una nación de segunda categoría, que supera por poco a países del norte de África o de Centroamérica, lo que no es nada edificante. Llevarme a mi esposa a buscar trabajo allí era un desprecio a su labor en Japón, y sabía que ella nunca querría quedarse en un país que no le aportaría nada positivo y donde su labor científica sería poco menos que incomprensible y nada apreciada. Cierto que hacía poco fuimos de vacaciones pero, como buenos turistas, supimos diferenciar el asueto y la diversión de un par de semanas de la realidad del día a día que se nos podía presentar. El sol y la playa son reconfortantes, por supuesto, y la contemplación de grandes monumentos y soberbios museos, intelectualmente positivas, pero nada más. Soy pragmático, y supe que mi futuro estaría cerca de Yusura, en Japón, para lo bueno y también para lo malo. Mi país era una página pasada que no quería reescribir de ningún modo.

Un lunes, día que libraba en el restaurante, mi esposa me sorprendió más meditabundo que de costumbre al regresar de la universidad. El gran *videovisor 3D* estaba apagado, pero yo me encontraba delante de él, sentado sobre el tatami con las piernas cruzadas, mirando una pantalla oscura y sin vida. Llevaba allí más de una hora. De haber tenido los ojos cerrados tal vez ella hubiera pensado que componía la postura del loto... pero los mantenía abiertos y una lágrima escurridiza le delató mis sentimientos.

–¿Qué te sucede? –susurró preocupada a mi oído, y sentí los finísimos y sensuales labios que rozaban apenas mi lóbulo derecho.

No me sobresaltó en demasía su presencia, como si mi subconsciente la hubiera intuido antes de que su menudo cuerpo

apareciese en el umbral de la puerta del comedor y su voz dulcísima llegase hasta mí. En esencia éramos como una sola persona, de tan unidos como estábamos. Me agité un poco sobre la alfombrilla tejida de seda con dibujos de paisajes donde abundaban los blancos cerezos y los azulados riachuelos sobre los que navegaban barquitos de pesca. Sin dejar de mirar a la nada, a esa pantalla silenciosa como un dios sin adeptos, respondí sin ánimos:

–Nada, querida. Nada.

Pero el tono gastado de mi voz decía mucho más que mis concisas palabras. Nada era mucho, demasiado. Nos conocíamos como si compartiésemos la misma alma. No podía engañarla. No lo pretendía, ni tenía ánimos para mentir.

Era nada lo que me sucedía, y lo era todo. Yusura adivinó mi estado anímico, si es que ya no lo percibió nada más entrar en el comedor. Se pegó a mi espalda y me puso su delicado brazo, blanquísimo como el arroz, encima del hombro. Después se situó frente a mí, me besó en la mejilla y arrebató con su índice derecho mi lágrima solitaria. La miré con una sonrisa agradecida. Ella se llevó el dedo a su boca, lo chupó despacio. Su lengua pasó por él con delicadeza, y también con cierta picardía. Su mirada se fijó en la mía y allí se quedó clavada. Un segundo, una eternidad.

–Vamos... –me pidió mientras tomaba mi mano y hacía que me incorporase.

No me negué a sus requerimientos. Ella era mi único refugio, el solaz donde huir de una realidad que, por momentos, devenía de sueño en pesadilla infernal. La monotonía, la perpetua y brutal monotonía, comenzaba a invadir mi vida. La pantalla apagada del *videovisor* no era más que una metáfora física de lo que me arrebatava por dentro. O eso sentía yo. Yusura lo presintió e intentó sacarme de ese pozo sin fondo con su mejor intención y entregándose sin condiciones. Visto lo que sucedió más tarde, nunca debió intentarlo, aunque no fue culpa suya. Huir a la desesperada sólo conduce a callejones sin salida o nos aboca a precipicios abisales mucho peores que la realidad de la que pretendemos escapar.

Pasé la crisis en brazos de mi amada, protegido en el calor intenso

de su cuerpo y la profundidad húmeda de sus labios y su sexo, y luego dormí profundamente, con el cuerpo relajado, aunque no así el cerebro.

Esa noche tuve un sueño extraño como pocos, que se diluyó como una pastilla de sal en el agua conforme desperté y fue transcurriendo el día. Aún tengo imágenes confusas de él en las que me encuentro inmerso en una conflagración de inusitada violencia sin saber bien dónde estoy ni qué hago allí. El cielo estaba oscuro: no había nubes, pero tampoco luna ni estrellas, como si un gigantesco ente las hubiera devorado y lo que se viese no fuera más que su boca abierta y amenazante, dispuesta a tragarme y hacerme desaparecer en sus entrañas. Achaqué la pesadilla a esa tristeza pesada que me embargaba y me fui a trabajar un poco más cansado anímicamente que de costumbre a pesar de los besos de mi esposa, a la que dejé durmiendo en la cama, ajena a mis cuitas. Se me antojaba que la jornada en *La bella Geisha* sería interminable.

Sin embargo, bendita sea su alma, ella me llevaba en sus pensamientos.

Un *suiyôbr*<sup>6</sup>, dos días después de que Yusura me descubriera abandonado del mundo, como un Buda occidental delgado, triste y ojoso, a media mañana vino gozosa al restaurante para comunicarme una inesperada noticia. Había pedido unas horas libres para venir a hablar conmigo en persona:

–Querido –empezó una vez estuvimos a solas en la parte más recóndita del local, a la que, con el permiso de Rina, me llevó para preservar la intimidad–. He hablado con Kazuki Miyaki, uno de los profesores más importantes de la universidad y responsable del personal de mi departamento. –Respiraba con rapidez porque los nervios casi la ahogaban, algo impropio en ella, siempre tan comedida–. Hay un puesto vacante de ayudante en el laboratorio. Le hablé de ti... y quieren hacerte una prueba.

La miré a los ojos, incrédulo. No supe si creerla o pensar que se

---

6 *Así se denomina al miércoles en Japón.*

trataba de una desagradable broma, pero deseché la idea por absurda, porque Yusura me quería tanto que no podría jugar con mis sentimientos aunque la forzasen a ello. Entendí por qué no había querido contarme tan extraordinaria noticia por el móvil.

—No sé qué decir...

Las palabras se me atragantaban en la garganta. Tenía tanto que agradecerle que no sabía por dónde empezar.

—Mañana mismo... si quieres. Si es así, cuando regrese hablaré con el profesor.

Asentí con la cabeza sin pensármelo dos veces. La cogí de los hombros y la apreté contra mí. Me ofrecía una oportunidad de cambiar de trabajo, casi de vida. Otra vez, otro giro en mis aspiraciones. El olor a pescado se me había impregnado no sólo en la ropa, sino también en el alma, y aunque apreciaba al matrimonio que regentaba *La bella Geisha*, quizá un cambio de entorno laboral aliviaría mis pesares.

Yusura tenía cosas que hacer antes de retornar a la universidad, así que me dejó solo en el restaurante al tiempo que me pedía que no me demorara en dar la noticia a los propietarios. Ese era un asunto que me incumbía en exclusiva.

Así que hablé con ellos ese mismo día. Rina se lo tomó mucho mejor que su marido, que maldijo a todo lo que se le puso por delante antes de abandonar *La bella Geisha* y salir a desahogarse al callejón trasero en donde arrojábamos la basura en el contenedor. Ella, más condescendiente, me deseó suerte y me prometió mantenerme en el puesto si, por algún casual, no conseguía el trabajo en el laboratorio.

—Siempre habrá un sitio aquí para ti, honorable Mati.

—Lo sé, Rina. Y también que tu marido, no obstante, me perdonará.

—Sin lugar a dudas, amigo mío. Se le pasará. Es un hombre impulsivo, pero bueno. Dentro de un rato estará como siempre, sin una queja en sus labios, pero ahora necesita desahogarse...

Así fue, por supuesto. El robusto Issei volvió en pocos minutos, se adecentó los escasos y encrespados cabellos —que había revuelto en

su agitación previa—, se limpió las manos en su delantal y me deseó la mejor de las suertes con una sonrisa que trataba de ocultar su pesar, pero que sus ojos, menos fáciles de disimular, no ocultaban. Después, volvimos a nuestras obligaciones en el restaurante, aunque sin que se me fuese de la cabeza la propuesta que acababa de aceptar.

Al día siguiente me desplacé a los laboratorios acompañado de Yusura. Me llevó al interior de la universidad y me condujo por infinidad de pasillos repletos de estudiantes y profesores, cada uno de ellos inmerso en sus quehaceres. Antes de llegar a nuestro destino atravesamos un último y amplio jardín de neta estética japonesa, del tipo *karesansui*, de arena fina y unas pocas rocas situadas de manera armoniosa. La tranquilidad y sosiego que emanaban de él no sirvieron, a mi pesar, para calmar la ansiedad que me embargaba.

Nos encontramos con el profesor Kazuki después de que Yusura llamara al timbre de su despacho, que permanecía cerrado a cal y canto, como sucedía a menudo, según ella misma me comentó. El doctor nos abrió sonriente y, al ser presentados, flexionó un poco su delgado cuerpo mientras me estrechaba la mano con una fuerza inusitada para un hombre de su físico y su edad, unos sesenta años. Hueso y fibra, músculo y cerebro. Ese era Kazuki.

Tras invitarnos a pasar y tomar asiento en unas sillas dentro del mismo laboratorio, guardó un silencio incómodo, casi como si sopesase la posibilidad de tener bajo su responsabilidad a un individuo de aspecto tan occidental. Luego habló lento, midiendo las palabras igual que si fuesen delicadísimos productos de laboratorio. No me hizo un examen al uso, ni puso a prueba mis conocimientos —nulos, por otra parte— de ciencia o tecnología de vanguardia. Se limitó a preguntarme sobre mis antecedentes familiares, mi país de origen y los motivos por los que vivía en Japón y quería trabajar con él. Le respondí con firmeza y sinceridad, con el apoyo cómplice de mi esposa que, tras él, sentada en un rincón, me hacía discretas señas de que me estaba portando con total corrección. Kazuki no era muy estricto en las peticiones, pero sí indicó que profesaba un amor casi obsesivo por el orden y la puntualidad. Eso buscaba, aparte de la

prudencia y la discreción sobre lo que él hiciese en su laboratorio y los experimentos que en él realizara. La curiosidad, en esta ocasión, quedaba vedada por completo.

Asentí en todo. No me pareció mal su propuesta, ni sus manías – algunas de las cuales compartía, como el no meterse en cosas que a uno no le incumben–, y sus peticiones, concretas y lógicas, no me suponían ningún esfuerzo añadido al de tener que aprenderme el entramado de pasillos y dependencias de la universidad. Me defendía bastante bien con el japonés estándar (basado en el dialecto de Kanto, región que abarca a Tokio), tanto hablado como escrito, y asimismo con el inglés. Kazuki, además, me preguntó si podría ayudarme en algunas tareas determinadas para las que no se requerían las manos ni los conocimientos de expertos en ciencias, como era el caso de mi esposa Yusura. No me molestaba en absoluto ser el último mono del departamento, o que mis labores fuesen poco más que las de un mero operario de la limpieza, porque trabajar con él era un cambio importante, ya que el ambiente en el que desarrollaría mis funciones sería muy distinto al de un restaurante. Y por supuesto, el tufo a pescado quedaba atrás, lejos, en una callejuela escondida de una ciudad violentada por las prisas. Sí, echaría de menos al matrimonio de Issei y Rina, pero no tanto como dejar atrás el olor a salmón, caballa o del más peligroso *fugo*, o pez globo, tan peligroso<sup>7</sup> como carísimo. Y, por supuesto, siempre podría visitarles como amigo o cliente.

En poco más de media hora concluimos nuestro acuerdo verbal, a falta de acercarme a las oficinas administrativas y firmar unos documentos que me integrarían en la nómina de trabajadores de la universidad, con los correspondientes derechos y obligaciones, además de pasar un somero chequeo médico. Consideré que no me sería complicado hacerme con las sencillas tareas que se me encomendaban, y que pasaban por la limpieza y organización del material del departamento, aparte del control informático de los

---

7 *Las vísceras de este pez son venenosas y su incorrecta preparación en cocina puede provocar la muerte por su ingesta.*

ficheros, dado que yo poseía conocimientos en esta materia.

Unas horas más tarde, terminada su jornada laboral mi esposa, y con mis ánimos calmados y las expectativas ampliadas, pudimos hablar de lo acontecido esa mañana con más detenimiento. Cada una de mis dudas fue desmontada por las argumentaciones de Yusura, que tenía más confianza en mí que yo mismo.

–No tardarás mucho en ponerte al día. Kazuki no es muy exigente fuera de lo que es su investigación. Límitate a seguir sus instrucciones y la cosa marchará estupendamente. Y nada de preguntas indiscretas...

–Mudo como un gato de escayola –afirmé en tono de broma.

–Eres incorregible –contestó reprimiendo una risita.

Miré a mi esposa a los ojos mientras sorbía otro poco de *sake*. La cena había sido soberbia y me sentía pletórico. La observé con detalle, para deleitarme en sus facciones. Sus ojos brillaban enamorados y sus manos usaban con habilidad los palillos con los que se llevaba la comida a la boca. Yo también los sabía utilizar, pero jamás alcanzaría esa delicadeza con la que mi pareja los manejaba, como si fuesen dos dedos más de sus manos.

–Gracias, Yusura –dije al rato–. Quizá este nuevo trabajo sirva para mejorar mi estado de ánimo. No sé qué me pasa –continué tras una pausa que me pareció más larga de lo necesario–. Tengo lo que necesito... A ti, sobre todo –concluí, y acabé la bebida de un trago, aunque volví a llenar el vaso enseguida.

–Vamos a dormir –susurró–. No te excedas con la bebida, querido. Mañana comienzas en el departamento y quiero que lleguemos pronto para enseñarte con detalle las instalaciones antes de que empieces.

Era una invitación que no admitía objeciones. En ningún sentido. Además, tampoco sería yo quien dijera no a la sensual propuesta que leí en sus ojos, y que no era precisamente la de conciliar el sueño juntos. Nos cogimos de las manos, luego la besé al atravesar el vano que nos conducía a la alcoba. Esa noche no tuve pesadillas o, al menos, no recuerdo que las tuviera.

Mi primera jornada en la universidad fue un tsunami de novedades. Tal y como propuso Yusura, madrugamos para llegar pronto a las instalaciones. Me llevó por la mayoría de los departamentos, presentándome a aquellas personas que conocía y a las que nos encontrábamos en el camino. No fueron muchas, pero aquello sirvió para que no me sintiese demasiado solo en mitad de un sitio desconocido. El complejo estudiantil era amplio y estaba dividido casi de forma geométrica y utilitarista, como si un Leonardo da Vinci del siglo XXI hubiese esbozado las líneas de una ciudad modelo de la ciencia. Unos amplios jardines separaban las aulas de los alumnos de ciencias de los departamentos de los doctores e investigadores y, luego, más apartados, alejados del bullicio de los estudiantes, se ubicaban los pabellones en los que se realizaban los importantes experimentos en los que trabajaba Yusura, Kazuki y otros profesores... y en los que lo haría yo a partir de ese mismo día, aunque en tareas menos trascendentes.

Los universitarios llegaban poco a poco, solos o en grupitos. No se les podía diferenciar de los de otros países, porque vestían similares ropas que en la mayor parte del mundo, a excepción de las chicas, muchas de las cuales volvían a lucir su tradicional kimono y a calzar *getas*, unas típicas sandalias de madera, ajenas y ofendidas con las manifestaciones feministas —cada vez más escasas y perseguidas— que las acusaban de volver a las rancias tradiciones. Llevaban los libros-fibra colgados de cinturones de cuero o a la espalda, y algunos incluso contactaban y hablaban con los amigos con las gafas 4D de última generación. Sonreí, imbuido por una envidia sana a causa de su juventud y su falta de preocupaciones. Pensé, para mi pobre consuelo, que esa etapa de la vida pasa rápido y pronto tendrían los mismos problemas que sus padres, los mismos que heredarían sus futuros hijos y nietos. Ley de vida, me dije nostálgico.

Al final de nuestro periplo por las instalaciones nos encontramos con el profesor Kazuki, que hizo las últimas presentaciones por ser también el gerente de aquella parte de la universidad. Nos llevó hasta el responsable general de la limpieza, Masao, un tipo robusto y

poseedor de esas miradas oscuras en la que uno nunca sabe si ve amistad o fiereza, que nos atendió con amabilidad aunque con pocas palabras. Inclino su torso de arriba abajo varias veces antes de que el profesor comenzara a explicarle cuáles serían mis funciones allí. Escuchó en silencio, atento y sin perderme de vista. Parecía que su boca, en la que faltaban algunas piezas dentales, fuera incapaz de emitir otra cosa que un leve gruñido de vez en cuando, que era también una señal de asentimiento.

En cuanto terminó el profesor, tanto éste como Yusura se despidieron de nosotros y nos dejaron a solas. Comenzaba mi primer día de faena en la universidad. Masao, en unos minutos, me dio las instrucciones básicas de mis tareas y el material de limpieza, y me indicó la taquilla en la que aguardaba mi vestuario de trabajo. Comprobé que la talla era la mía y me sorprendí una vez más por la meticulosidad nipona, y entendí entonces por qué en el examen médico me habían preguntado las tallas de mi ropa y calzado. Luego me facilitó una nota con lo que tenía que hacer, detallado casi minuto a minuto, y la acompañó de un planito de los laboratorios y de la zona concreta que me correspondía a mí. Tras ver que la leía y no ponía ni un pero, se despidió en silencio, y me dejó solo para que me cambiase de ropa y memorizase el horario y el mapa de las instalaciones que tenía que limpiar.

La indumentaria olía a limpio. Si no era nueva, lo parecía. Era una primera sensación favorable que me levantó más los ánimos. Cuando estuve preparado me dirigí raudo a los barracones. Según el protocolo escrito por Masao, yo empezaba mi jornada en el más alejado de ellos y terminaba en el de Kazuki. Nada más llegar a mi destino, me puse manos a la tarea.

Durante toda la mañana no vi a mi esposa, a pesar de que trabajábamos cerca el uno de la otra. No fue porque no quisiera, o no supiese dónde se encontraba, sino porque apenas tuve tiempo para otra cosa que cambiar el agua sucia del cubo y reponer los productos de limpieza. Sólo al medio día, a la hora de almorzar, y tal como habíamos acordado durante la visita previa, nos encontramos en los

comedores universitarios, compartidos también por el profesorado. Los estudiantes iban de un lado para otro con las bandejas metálicas repletas de comida y de cubiertos de plástico, incluidos los sempiternos palillos, nunca ausentes en un buen almuerzo o cena que se preciara.

—¿Cómo te ha ido hasta ahora? —me preguntó mientras disfrutábamos de los postres, unos *kabocha manchú*<sup>8</sup>.

—Mucho mejor que en el restaurante. El ambiente estudiantil me atrae, no te lo voy a negar —respondí convencido—. Esto es muy diferente a *La bella Geisha*. El entorno, los horarios... todo. Sólo he echado de menos a Rina e Issei. Aquí no conozco a nadie todavía, a excepción del profesor y el gigantón de Masao, ninguno de los dos muy hablador, por cierto. Aparte, las faenas no dejan de ser monótonas y repetitivas, pero me adaptaré.

—Es normal, cariño. Al principio sólo te encomendarán las tareas básicas, hasta demostrar tu valía. Después, con experiencia y paciencia, podrás estar en los laboratorios, al cuidado del material y encargándote del mantenimiento y los archivos, tal y como nos prometió el profesor.

—Muchas gracias, querida —musité agradecido por su apoyo sin límites, pero no me atreví a besarla en público porque, a pesar del siglo en que vivíamos, se seguía considerando ofensivo mostrar este tipo de emociones ante los demás—. Aunque esperaba empezar a partir de hoy en el mismo laboratorio donde nos presentamos a Kazuki.

—Sólo espero que esos grandotes ojos negros tuyos no se te vayan detrás de las estudiantes... —bromeó con un guiño simpático.

—No tendré tiempo más que para Kazuki, que no es precisamente mi tipo —respondí divertido.

El día prometía, por supuesto. Me ofrecía apenas un rayo de luz en un horizonte nublado, una puerta entornada para salir de mi prisión, pero me resultaba suficiente. Me conjuré a abrirla por completo y sentirme feliz de una vez y para siempre.

---

8 *Pastelillos hechos de calabaza.*

La jornada vespertina fue similar a la matinal, hasta que me tocó limpiar el pabellón L, donde trabajaban Kazuki y Yusura, aunque en zonas separadas por un pasillo, dado que no compartían los mismos experimentos.

Pasé por el largo pasaje central que separaba ambos departamentos. El de mi mujer tenía la puerta abierta, así que golpeé levemente con los nudillos para avisar de mi presencia y entré. La saludé antes de que levantase la vista del microscopio. Ella giró levemente la cabeza y me sonrió, pero no me dijo nada y volvió a enfrascarse en sus tareas. Una chica joven la acompañaba, estudiante en prácticas: me devolvió el saludo y a continuación se puso a manipular otro de los microscopios. Resultaba evidente que no era el momento de realizar ninguna limpieza. No, al menos, mientras no terminaran sus trabajos. Así que las dejé y me dirigí al despacho del doctor.

Llamé a la puerta, que permanecía cerrada a cal y canto, al contrario que la de mi esposa. Al hacerlo por segunda vez, abrieron. Un joven taciturno me miró disimulando su malestar antes de dejarme pasar a instancias de Kazuki. El doctor ni siquiera me prestó atención. Miraba a través de su microscopio una plaquita oscura que parecía de metal. Aparte de ellos dos sólo vi a una chica más, todos embutidos en batas blancas e inmersos en su trabajo. Me sentí como una molesta mosca que se había introducido en sus aposentos y que volaría de un lado para otro hasta marcharse por donde entró. No me importaba, sin embargo, porque me sentía feliz de estar allí. Que el doctor no me dedicara siquiera unas palabras apenas me disgustó: su investigación primaba sobre cualquier otra cosa, y yo lo comprendía y casi lo envidiaba. Tuve que esperar unos minutos fuera, en el pasillo, hasta que los científicos –incluida mi esposa, que se despidió con un sabroso beso en mis labios– dejaron sus respectivos laboratorios y pude limpiarlos a fondo. Bueno, no tanto el de Kazuki, dado que una de las habitaciones –que llevaba a otras dependencias – permanecía cerrada bajo llave.

Finalicé mi primer día en la universidad satisfecho por no haber

cometido ningún error apreciable. Era poca cosa, de acuerdo, pero significaba un cambio importante para mí. Y, a veces, los pequeños detalles son los más importantes de nuestras vidas. En mi caso, más que en ningún otro.

Varias semanas después, a finales de primavera, era uno más de la universidad. Mi presencia lejos estaba de la excepcionalidad de los primeros días y ya no se escuchaban murmullos a mi espalda que hablasen de mi origen foráneo o mis maneras occidentales, aún no por completo adaptadas a las costumbres de mis anfitriones. Hice amistad con varios operarios del servicio de mantenimiento y también con algunos profesores y estudiantes. Mi aspecto europeo y mi carácter abierto, tan diferentes al común de los japoneses, me crearon algunos problemas al principio, pero me abrieron la mayoría de las puertas más tarde. Por supuesto, Yusura tuvo gran parte que ver con mi éxito en la universidad porque hizo de cicerone siempre que me fue preciso y de intermediaria, requerido el caso, cuando surgía un conflicto que parecía irresoluble. Al final de la última semana de abril, el profesor Kazuki me felicitó en su propio despacho privado, poco antes de que terminase su turno y yo comenzase mis tareas:

–Realiza usted un trabajo encomiable –dijo con un tono de voz grave pero amable a la par–. Al principio pensé que no se adaptaría a nuestros horarios y ritmos –siguió–. Los occidentales, los europeos... digamos, no llegan a entender muchas de nuestras costumbres. Por supuesto, no es una crítica a sus orígenes...

–No es mi caso, profesor –respondí muy seguro sin dejarle terminar su última frase y reprimiendo la euforia porque, por fin, se dignara hablarme tras semanas de silencio incomprensible–. Ya sabe que llevo bastantes años en su país y que estuve de camarero en un restaurante. He tenido tiempo de comprender y adaptarme a sus costumbres.

–Sí, su esposa me lo comentó en alguna ocasión –admitió moviendo su cabeza arriba abajo sin perder la sonrisa–. Pero una universidad es cosa muy distinta a un restaurante para turistas, con

personas diferentes... Temí que no fuese capaz de entender su papel aquí. Ha sido diligente, callado y cortés al no inmiscuirse en nuestros experimentos. –Sus palabras me parecieron medidas, como si guardase algo bajo ellas. Algo que no quería contarme todavía.

Su rostro, anguloso y muy pálido, destacaba por los ojos brillantes y vivos. No se detenían en un punto único, sino que se movían inquietos, como si buscasen a su alrededor fenómenos nuevos que estudiar. Las gafitas que utilizaba, redondas y gruesas, hechas a la moda *retro* que quería asemejarse a la de los años '40 del siglo XX –a veces me recordaba, muy a mi pesar, al general Hideki Tojo<sup>9</sup>–, sólo servían para recalcar aún más su aspecto de científico.

–Me alegra que esté satisfecho con mi labor.

Cimbreó su cuerpo. Un budista hubiera afirmado, sin temor a equivocarse, que en su vida anterior Kazuki fue un junco agitado por el viento junto a las riberas del río Kanda<sup>10</sup> o de alguno de sus afluentes. Fijó los ojos en mí y sentí que me atravesaba con su mirada, como si me escrutara con rayos X y quisiera saber qué se escondía en mi alma. Sentí un ligero escalofrío, pero él no se percató o, si lo hizo, lo achacó a un ligero temblor a causa de una corriente de aire frío.

–Quizá pronto le encomiende otras tareas –terminó, y dejó la propuesta en el aire mientras se giraba y se desabrochaba la bata blanquísima, señal inequívoca de que daba por finalizado su trabajo por ese día y no quería ser importunado.

No dije más y le despedí con un *arigato*<sup>11</sup> apenas murmurado y un *itte kimatsu*<sup>12</sup> más alto para sumergirme enseguida en las labores de friega y baldeo de la habitación. Escuché al profesor abandonar la estancia con pasos medidos y cortos, que se alejaron conforme en mi cerebro crecían y se arremolinaban mil y un pensamientos. Su halo de misterio, sus frases prometedoras y su aspecto decidido me hacían

---

9 *Primer ministro japonés durante la Segunda Guerra Mundial ejecutado tras su condena a muerte por crímenes de guerra finalizada ésta.*

10 *Río que atraviesa Tokio.*

11 *Gracias, en japonés.*

12 *Adiós, en japonés.*

vaticinar logros mayores en mi camino.

Como en las ocasiones en que Yusura terminaba tarde y su salida coincidía con el fin de mi faena, regresé con ella. Recorriamos andando la distancia que separaba las instalaciones de la universidad de nuestra casa porque vivíamos muy cerca. Esta vez, sin embargo, apenas hablé durante el trayecto, y mi esposa renunció a entablar conversación conmigo tras responderle con tres o cuatro monosílabos a algunas preguntas, síntoma de que no estaba por la labor.

Durante el paseo no le dije nada de las palabras de Kazuki. Ni tampoco en la cena, en la que saboreamos un *takikomi gohan*<sup>13</sup>, unos *katsu sando*<sup>14</sup> y terminamos con un postre que habíamos comprado en un local de comida para llevar que nos pillaba de camino y que estaba justo en la esquina de nuestra calle. Fue mucho después, ya acostados en el dormitorio –y tras meditarlo mucho–, que informé a Yusura de la propuesta del doctor.

–Si te ha dicho eso es porque ve en ti a alguien de confianza –comentó mientras acariciaba el vello de mi pecho.

–Siempre lo he visto como un hombre distante –respondí.

Yusura yacía recostada sobre su lado derecho y sus pechos, pequeños pero redondos y firmes, me apuntaban henchidos de placer. Contemplé sus curvas, ligeras pero muy definidas, y su pubis oscuro sobre una piel blanquísima y limpia de impurezas como pocas. Me sentí dichoso de tener junto a mí a una mujer tan maravillosa.

–La mayoría del personal que trabaja en la universidad se limita a realizar las tareas de una manera mecánica –admitió–. Incluso los profesores y los ayudantes investigan de una forma metódica, calibrada al milímetro, embutidos en las antiguas tradiciones. Siempre ha sido así, no obstante en la actualidad se fomenta más esa idea de hacer las cosas.

---

13 *Arroz con verduras y pollo.*

14 *Emparedados de cerdo empanado.*

Agitó la cabeza, molesta por esa situación. Yo sabía que Yusura era diferente, pero algunas veces me había hablado de ese desapego a la improvisación creativa que vivía a diario en la mayoría de sus colegas y cuyo reverso tanto envidiaba de los homónimos europeos y norteamericanos. La comprendía, y veía en ella una situación parecida a la mía en el restaurante.

—Él es diferente —dije refiriéndome al profesor y sorprendiéndome por salir a defenderlo de la generalización de mi esposa.

—¡Por supuesto, querido! —exclamó mientras juntaba aún más su cuerpo al mío—. Colaborar con él es magnífico... y ahora, si tú vas a estar por allí más tiempo, será mucho mejor. —Rozó con sus dulces labios los míos y su mano se desplazó lenta, sensualmente, hasta mi despierto sexo.

No hubo más palabras aquella noche. No se necesitaban. Yo me consideraba el hombre más feliz del mundo.

Transcurrió una semana más antes de que el profesor me dirigiera de nuevo la palabra. Fue un sábado por la mañana, mientras ordenaba en la taquilla mi ropa de faena de recambio. Escuché un par de golpes en la puerta del vestidor. Al abrir me encontré con Kazuki. Vestía una chaqueta, lo que significaba que había terminado por ese día. Me sorprendió que dejara su recinto para venir a visitarme, y más que lo hiciera a esa hora, porque se quedaba las más de las veces trabajando solo después de que el resto de los ayudantes se hubieran ido a sus casas, y, cuando se marchaba, se dirigía sin demora hacia su domicilio y no perdía su valioso tiempo en chacharas de pasillo. No me hallaba contento con él, con su actitud distante y su falta de palabra tras tantos días de silencio enigmático e inmerecido tras prometerme nuevas tareas.

—Perdone que le interrumpa —dijo nada más abrirle la puerta—. ¿Recuerda nuestra conversación pasada? —Era una pregunta retórica, pero asentí con la cabeza a la par que alejaba de un golpe mi mal humor para con él—. Bien, el lunes pásese por mi departamento a eso de las ocho de la tarde, a última hora. Quiero concretar unos detalles

con usted.

–Muchas gracias, profesor –pude contestar a duras penas, porque se me había secado la garganta. Para mí era un triunfo que se fijase en mí para prestarme su confianza, que por fin se concretaba en hechos y no en huecas palabras. Porque esa propuesta, esa cita demorada para el lunes, se me antojaba el paraíso. Mi malestar para con Kazuki se esfumó como si jamás hubiese existido.

–Muy bien, honorable Matías. Entonces le esperaré con impaciencia.

Se adcentó la corbata que llevaba torcida y se despidió con una ligera reverencia. Así, sin más. Un hombre de pocas pero contundentes palabras.

Las cosas mejoraban. Mucho, y a marchas forzadas. No podía creer en mi buena suerte. El lunes comenzaba mi nueva vida.

Mis perspectivas se confirmaron cuando me presenté a la hora convenida. Yusura, que ya sabía de ello por habérselo contado la misma noche de mi conversación con el profesor, me despidió con un leve beso en los labios antes de marcharse a nuestra casa y dejarme a solas con Kazuki.

–Tranquilo, querido. Es la oportunidad que buscabas –me dijo con una amplia sonrisa en los labios–. Trabajar en su laboratorio, junto a sus ayudantes y colaboradores, es mayor responsabilidad y reconocimiento.

No le respondí. Me limité a afirmar con la cabeza y verla marcharse con ese andar suave, como si se deslizase por el aire, de tan frágil y ligera que me parecía.

El laboratorio del profesor olía a formol y a otros productos que no reconocí, aunque me eran familiares por las muchas horas que pasaba allí con mis limpiezas. Había una ventana entreabierta por la que se contemplaba la atardecida y los árboles de un parque adyacente, y que aireaba un poco la sala. En un banco cercano a la cancela de salida se sentaban dos alumnos, un chico y una chica. Miraron hacia donde estábamos y continuaron su charla sin darnos más importancia. Kazuki me sacó de mi abstracción y habló sin

tapujos:

–Hoy no le retendré mucho. –Platicaba pausado, midiendo cada palabra, una mano en el bolsillo de la bata y la otra, más nerviosa, agitándose en el aire como si dirigiera una orquesta–. Sé que le espera en casa su estupenda esposa y yo igualmente tengo una reunión importante que no puedo cancelar. –Tocó apenas sus gafitas y advertí un tic nervioso en su ojo derecho–. He hablado con el departamento de limpieza para que cambien su turno de trabajo y lo destinen a esta sección L, en exclusiva.

Eso eran palabras mayores.

–Supongo que será para adaptarme a su horario –conjeturé. Los nervios me impedían pronunciar frases más largas, anhelante de saber qué quería de mí el bueno del doctor.

–En efecto, señor Mati –confirmó–. A partir del lunes se incorporará por la tarde y su jornada coincidirá casi en su totalidad con la mía, que también he cambiado por mi propia conveniencia. Necesito personal de confianza que se encargue de mantener los equipos en perfecto estado. –Hizo otra pausa, más larga de lo habitual en él, y continuó–: Usted es el hombre indicado. Es prudente, callado y sabe bien lo que se hace. Sé que afectará a su vida conyugal, pero todos tenemos que realizar sacrificios.

–Por supuesto, profesor. Me adaptaré con rapidez. Mi esposa lo entenderá, no le quepa duda alguna.

Estaba pletórico, casi a punto de estallar por dentro de la alegría que tenía.

La propuesta del científico era un cumplido para cualquier estándar japonés. Y más aún si procedía de alguien como el profesor Kazuki, uno de los más eminentes científicos de la universidad y, por ende, del país entero. Una celebridad de notoriedad mundial. Rebosaba felicidad. Ciertamente era que el horario hacía que dedicase menos horas a mi esposa, pero ella debía intuir ya lo que me iba a proponer el doctor, y su sonrisa y el brillo de sus ojos antes de despedirse y dejarme a solas con Kazuki eran una manera de darme ánimos para mi aceptación y de consentimiento tácito del pequeño sacrificio que ambos deberíamos hacer.

–Cuenta conmigo –solté reprimiendo la alegría y las ganas de abrazar a aquel junco humano, que no se movió un ápice de su sitio en toda la conversación, gesto que dejó sólo para su inquieta mano, que apretó la mía suave y fríamente.

Kazuki flexionó con gracia su cuerpo, me agradeció la disponibilidad y se despidió, deseándome un buen día. Como era habitual, cortaba las conversaciones de forma tajante, sin dar pie a despedidas innecesarias u observaciones absurdas. Modos dignos de un genio que aprovechaba cada segundo de su existencia. Salvaguardaba su tiempo como si de oro puro se tratase. Y yo no le objetaría nada al respecto. Allá él con sus manías, pensé, mientras mi vida fuese a mejor.

El domingo Yusura y yo salimos a celebrarlo. Visitamos el centro histórico, algunas de las pagodas budistas y el templo donde contrajimos matrimonio. Abrazados, pasamos bajo su *torii*<sup>15</sup> y revivimos muy buenos recuerdos. Paseamos por los coquetos jardines de los alrededores, donde el agua y la roca se fundían de una forma mágica, casi etérea. Era la naturaleza dominada por el hombre y, al mismo tiempo, en sintonía con él y con el universo completo.

Nos sentamos cerca de una linterna de piedra<sup>16</sup> rodeada de crisantemos que no habían florecido pero que juzgábamos igual de bellos. Al fondo, rodeado de varios cerezos, un puentecillo de madera pintado de rojo cruzaba un riachuelo que creaba un estanque *koi*<sup>17</sup> donde se atisbaban decenas de carpas de colores. Ninguno de esos peces, como decía una antigua leyenda, se transformaría en dragón, pero eran bellísimos. Varios críos jugaban a perseguirse por los caminitos del parque ante la atenta mirada de los padres. Todo lo que nos rodeaba era belleza pura, y yo me sentía feliz como nunca en

---

15 *Puerta de entrada al templo sintoísta, que separa el espacio profano del religioso.*

16 *Su función es iluminar los caminos o senderos de los jardines y puede ser de madera, piedra o metal.*

17 *Estanque preparado especialmente para alojar a las carpas de colores o koi.*

mi vida.

Incluso, contra mi costumbre de no comer pescado si tenía otras alternativas –algo casi considerado un pecado en el archipiélago–, me permití probar el *sushi* en un restaurante muy elegante, no muy diferente de *La bella Geisha*, del que no recuerdo su nombre, tan sumergido estaba en mi felicidad compartida con Yusura y en un futuro que comenzaba a abrirse como los cielos tras una furiosa tormenta.

Terminamos nuestro particular fin de semana en un teatro japonés, disfrutando un peculiar y entretenido *kabuki*<sup>18</sup>, muy en la tradición nipona. Su exuberante colorido y, para mí, exótica música fueron un colofón perfecto a un día magnífico.

El lunes, a las ocho en punto de la tarde, me presenté en el departamento de Kazuki, cuya puerta permanecía cerrada como siempre. No me atreví entonces a llamar, no sé si por una absurda timidez o porque el instinto ya me avisaba de mi porvenir, sobre todo porque no me había ocurrido en las anteriores ocasiones. En esas apareció Yusura en el otro extremo del pasillo. Ella terminaba su jornada de trabajo a esa hora y se desvió de su camino para venir a saludarme y desearme suerte. Como una niña traviesa que no quiere que la pillen en una trastada, aprovechó que el profesor estaba encerrado en su despacho para darme un sonoro beso en las mejillas y otro, más comedido pero mucho más sensual, en los labios. Luego, quedé a solas delante de la puerta del laboratorio. Me armé de valor y llamé una, dos veces, con más contundencia. Se escuchó un crujido, señal inequívoca de que Kazuki había pulsado el interruptor que abría de manera electrónica su despacho tras comprobar mi identidad a través de la cámara de seguridad que enfilaba el pasillo. Sin más, empujé la puerta y entré. Nadie quedaba en la sala principal del laboratorio, así que supuse con toda la razón del mundo que el profesor trajinaba en el despacho aledaño. Así que me senté en uno

---

18 *Una de las modalidades del teatro japonés, con bailes, escenas dramáticas y un abundante uso de la escenografía.*

de los taburetes grises de la estancia y esperé con paciencia nipona.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa de trabajo y jugué con los frascos de ensayo vacíos, haciéndolos rodar de un lado a otro con las palmas de mi mano. Era un niño nervioso a la espera de su maestro y de los deberes que pudiera encargarle. No obstante, tuve tiempo de comprobar que todo estaba en su sitio, como si los ayudantes del profesor lo hubiesen limpiado antes de irse. Una labor que, hasta hacía poco, me correspondía hacer a mí y que ahora, por mor de las circunstancias, quedaba en un segundo plano.

Kazuki no tardó en aparecer, vestido con su sempiterna bata blanca, en la que una plaquita de metal dorado, con su nombre y apellido, lo identificaba sin lugar a dudas ante el resto del personal.

–Buenas tardes, honorable Mati –saludó con brevedad.

Hice una ligera reverencia y respondí a la cortesía.

A continuación, y sin más dilaciones, me dijo qué equipos necesitaban limpieza diaria y cuáles no, amén de explicarme someramente mis funciones, que pasaban por adecentar todo aquello sin tocar algunos elementos muy delicados, que debían permanecer siempre donde los hubiera dejado el doctor o sus colaboradores. Asimismo me dio unas iniciales nociones básicas del archivo electrónico del ordenador principal del laboratorio. Por último, me indicó que el acceso al despacho anexo sólo le estaba permitido a él, y aquí fue muy tajante:

–Bajo ningún concepto, señor Mati –recalcó–, debe entrar en las dependencias que hay al otro lado de esta puerta. Ni siquiera si esta estuviese abierta tiene usted permiso para penetrar en ese recinto. ¿Entiende?

–Comprendido, profesor. Soy hombre que sabe dónde ha de estar en cada momento –respondí muy seguro de mí mismo. Si Kazuki quería tener su paraíso particular virgen de intrusos, allá él y sus secretos. No era asunto mío.

Eran muchas cosas de golpe, pero el hombre se comportó muy bien conmigo y entendió que no pudiera asumir tantas novedades el primer día. Sin embargo, estaba convencido de que no me costaría mucho esfuerzo adaptarme al nuevo entorno, aunque echaría de

menos estar más tiempo con mi esposa. Me extrañó que me dijese que estaríamos solos porque sus colaboradores abandonaban las dependencias poco antes de llegar yo. ¿Qué experimentos pensaba realizar Kazuki en sus departamentos que no requerían ayuda y sí, por el contrario, la presencia de un individuo como yo, apenas un limpiador recién llegado? Debí hacerme esa pregunta al principio y no posponerlo hasta que los sucesos se precipitaron.

Mi primer día fue interesante. Todo eran descubrimientos, desde mi nuevo equipo de trabajo –que incluía guantes especiales y gafas protectoras, además de una bata blanca similar a la del personal técnico– hasta mi forma de trabajar. Ya no tenía que pasar la bayeta con premura por las mesas, ni recoger el polvo acumulado con una escoba o un cepillo sin otra preocupación que apartar las sillas y rebuscar en los rincones. Mi labor era ahora más metódica y pausada. Aunque no menos exhaustiva, porque era primordial mantener la limpieza más absoluta en el laboratorio sin dañar los aparatos ni provocar incidentes no deseados ni, por supuesto, molestar a los que allí investigaban, si es que coincidía con ellos en alguna ocasión. Ah, y lo de la puerta misteriosa: había que mantenerse totalmente al margen de lo que acontecía al otro lado.

Poco a poco me acostumbré a ver los frascos de reactivos, los tubos condensadores, las pipetas, las cucharillas de asbesto, los tubos de ensayo y los portaobjetos, las pinzas y los trípodes de diferentes tamaños y alturas, y otras piezas cuyos nombres olvidaba casi al instante de que me los nombrara el doctor cuando me los requería para sus ensayos. Más llamativas y extrañas eran las máquinas, entre las que destacaban un espectrofotómetro, algunas centrífugas y el equipo de cromatografía. Reconocía algunos aparatos, como los sempiternos microscopios, pero poco más.

Sin embargo, lo más delicado debía de estar en el departamento de investigación privado de Kazuki, apartado del barracón L y conectado a él –según me habían chivado– a través de un estrecho y claustrofóbico pasillo que continuaba tras el despacho prohibido en el que se introducía a menudo para volver a aparecer pasadas

muchas horas. Allí, según me confirmara la misma Yusura, sólo se permitía la entrada al profesor, que poseía su propio código de acceso. Nadie sabía qué experimentos realizaba en su laboratorio privado, si bien todos eran conscientes de que los resultados, si eran positivos, siempre serían bien acogidos por la comunidad internacional. Por eso el gobierno nipón facilitaba los fondos necesarios para las investigaciones del equipo de Kazuki, de los que él tomaba los que consideraba imprescindibles para la suya propia, en la que no admitía colaboradores.

Todo muy misterioso e impropio de la mentalidad japonesa, más dada a compartir y colaborar en sociedad que a iniciativas individuales. Entonces no me importó, debo confesarlo, porque mi norma básica era no entrometerme en las vidas de los demás siempre que no afectaran a la mía. He de confesar que esta filosofía laboral y personal me fue muy bien durante algún tiempo.

Llegó el verano y, durante unas semanas, la actividad académica quedó suspendida y dio paso así a las merecidas vacaciones del estudiantado. No así la parte científica, que no se daba tregua, aunque el personal quedaba bajo mínimos y la actividad en el laboratorio finalizaba poco después del mediodía, justo antes del almuerzo. Yusura tomó sus días de descanso entonces, pero yo no debido a que no llevaba contratado el periodo suficiente para disfrutarlos y el propio doctor me requería imperioso, más en esos lapsos de tiempo en los que no tenía estudiantes ni becarios a su cargo. Confieso que me incomodó su actitud, pero le estaba agradecido por haberme dado ese trabajo y siempre podría recuperar las horas perdidas más adelante. Cierto que mi esposa y yo tuvimos que aplazar un viaje de vacaciones a Tailandia, pero nos prometimos realizarlas en cuanto nos fuera posible.

Una tarde de mediados de julio, mientras me encontraba atareado en la limpieza de las cubetas del laboratorio, mitad aburrido, mitad disfrutando esa soledad sobrevenida —y también en parte buscada—, el profesor apareció de golpe por la puerta prohibida. Me sobresalté,

porque lo imaginaba en su departamento privado, experimentando quién sabe qué cosas. Cuando así era apenas salía en muchas horas, y luego se marchaba con un corto saludo y mucha prisa. Kazuki se encontraba más pálido que de costumbre. Sudaba, pero su transpiración no parecía producto del calor (el aire acondicionado funcionaba con una precisión digna de envidia), sino por otros motivos que pronto me dio a conocer. Las palabras que me dirigió entonces, titubeantes y cargadas de cansancio, corroboraron mi impresión inicial:

–Por favor, Mati, acompáñeme al adyacente.

Así era como se llamaba al compartimento personal del que acababa de brotar como una erupción volcánica. No respondí, todavía estupefacto por su súbita presencia, sino que lo seguí cuando inició la marcha. Atravesamos el pequeño despacho donde trabajaba algunas veces y que había vislumbrado en las escasas ocasiones en las que lo veía salir o entrar. Igualmente recorrimos el para mí desconocido y estrecho corredor que conectaba con su departamento, cuyas penumbras desaparecían apenas pasábamos bajo las luces que se encendían de forma automática si detectaban movimientos cercanos. Kazuki permaneció callado, ofuscado por llegar a su zona privada, la de máxima seguridad. Ya delante de la puerta de su santuario particular, se colocó ante el fichero de control y tecleó su clave secreta personal, ocultándola a mi mirada con su cuerpo, demostrándome que seguía sin fiarse de mí a pesar de sus amables palabras de días anteriores. A continuación puso el iris de su ojo delante de una camarita. Entonces, y sólo entonces, la puerta se abrió, dándonos paso franco a una habitación envuelta en la oscuridad. Entró delante de mí y me instó a seguirlo. Lo hice, aunque sentí una opresión en el pecho, como un palpito que me avisaba de un peligro ignoto. Deseché la impresión y di el paso definitivo. La puerta se cerró a nuestras espaldas y en ese instante las luces se encendieron apenas en un parpadeo cuando el profesor pulsó un interruptor.

¡Aquel laboratorio en apenas nada se parecía a los demás! Rayaba una austeridad espartana. Las ventanas que daban al exterior estaban

cerradas por completo, con las cortinas corridas. Había apenas un par de mesas adosadas a la pared, en las que reposaban unos pocos tubos de ensayo, un matraz y un microscopio. Una mesa grande ocupaba el centro de la habitación, bastante espaciosa para una persona sola. Sobre ella se veía una rata *wister*<sup>19</sup> viva dentro de una jaula, junto a un pequeño y extraño artefacto que parecía conectado a ella. Otra puerta entornada dejaba ver lo que era un aseo, y una tercera puerta, cerrada, daba a otra sala, en la que el doctor debía guardar los resultados de sus experimentos secretos.

–Le he llamado porque necesito contárselo a alguien... enseguida. –Por primera vez lo veía tenso, inseguro de sí mismo–. No puedo decírselo a nadie del departamento. Aún no. Es tan... No sé cómo describirlo... Le pido... no, le ruego que lo que hoy escuche de mis labios permanezca sellado en su memoria. Sé de su discreción.

Mientras me hablaba no dejaba de mirar la jaula y su contenido y metía y sacaba su mano izquierda del bolsillo inferior de su bata, sin saber bien qué hacer con ella. Con la otra abierta, empero, señalaba la mesa.

–Estoy a su disposición, profesor –dije tras unos segundos en los que me sentí inmerso en una situación incontrolable, pero creo que no escuchó mis palabras. Tan sólo hizo gestos con su mano derecha para que me acercase hasta él.

–Mire esa rata –me espetó mientras conectaba el aparatito a un receptor inserto en la jaula de metal.

No podía hacer otra cosa que seguir las instrucciones al pie de la letra. Me hallaba en un entorno desconocido, encerrado en un despacho cuya clave de apertura estaba en la mente de un hombre al que veía descentrado, casi rayano en la locura. Continuaba sudando, más que antes incluso, pero no dejaba de moverse alrededor de la jaula mientras el aparato que había encendido vibraba un poco y emitía un sonido agudo y continuado.

–Está conectado a la pantalla solar que tenemos justo encima –aclaró señalando con la mirada el techo–. Ahora mismo esa rata está

---

19 *Tipo de rata usada comúnmente en los laboratorios.*

siendo irradiada por energía solar tamizada.

—¿Tamizada? —Conocía los estudios y los avances en energía solar, pero nunca escuché que se aplicara ese adjetivo a la misma—. Perdone, profesor, pero no estoy ducho en la jerga científica, si me disculpa.

—Sí, amigo. —Con corrección extrema y contra todo pronóstico dado su exaltado estado, el profesor se volcó en una escueta pero reveladora explicación—: Llevo años estudiando esta fuente de energía y poder casi infinitos. El sol es la mayor central energética que tenemos a nuestro alcance. Hasta hoy hemos avanzado poco, entre otras cosas debido a que la industria petrolera, controlada por la Unidad de Naciones Árabes y el Centro Petrolero del Caribe, lo ha impedido porque les resulta más rentable mantener los privilegios y su influencia planetaria. También, he de reconocerlo, porque su aplicación ha sido más teórica que real, y cuando se ha practicado se ha hecho en sistemas limitados, como en poblaciones de unos miles de habitantes, o en medios de locomoción modestos, o de poca capacidad.

—Estoy de acuerdo con usted en eso —admití, aunque aquella explicación no me resultaba desconocida y no aportaba nada al misterio que envolvía al profesor—. Incluso en algunos países se impuso un impuesto al consumo de energía solar que ha impedido su pleno desarrollo hasta la fecha.

—Yo quería ir más allá, estimado Mati. —Su acercamiento a mi persona me preocupó, más que por no estar acostumbrado porque no era natural en él, siempre educado pero nunca tan cercano. Parecía otra persona y su palidez se acentuaba conforme avanzaba en su explicación—. No sólo quería estudiar la forma de ampliar la acumulación de energía en el menor espacio y con el menor coste posibles... sino de hacerlo asequible al ser humano.

—No le entiendo.

—Somos, aparte de materia, pura energía, Mati. Materia y energía, a fin de cuentas, son lo mismo. Sólo se transforman, como ya se ha dicho infinidad de veces.

—Sigo sin saber qué quiere decirme, doctor.

A pesar de mi respeto por la ciencia y por lo que aquel hombre representaba, estaba dispuesto a finalizar aquella situación absurda, coger al doctor y hacerle abrir la puerta para llevarlo fuera de allí, a fin de que se repusiese de lo que yo daba por sentado que era una sobredosis de trabajo y esfuerzo mental. El aire fresco y un poco de descanso harían reponerse al bueno del profesor.

—He estudiado desde hace meses una manera de que el ser humano pueda acumular esa energía, pero no para utilizarla en un vulgar electrodoméstico o en un transporte colectivo... sino para sí mismo. —Se golpeó el pecho con la palma de la mano en un arrebato casi místico—. El poder solar como alimento y energía que llegue directamente al organismo humano. He conseguido crear un tamiz solar, una enzima que, inyectada en los seres vivos, absorbe y canaliza una parte de la energía solar.

Se lo veía exultante. No, ese no era Kazuki, la eminencia racional envidia de sus colegas. De estar en sus cabales, o mantener la compostura, debería haber visto que en mi rostro se reflejaban el mayor de los asombros y un vislumbre de espanto creciente. Sin lugar a dudas, pensé entonces, había enloquecido o, como poco, estaba inmerso en una profunda crisis nerviosa. Aquello que decía era un absurdo, una barbaridad, una idea propia de un científico demente de novelas de literatura decimonónica. Ni Wells<sup>20</sup> tejía historias tan hiperbólicas.

—Profesor, deberíamos dejar la conversación de inmediato. Creo que tendría que descansar un rato... Lo que dice no tiene ningún sentido.

—¡Los tiene todos! —me replicó agarrándome con fuerza del brazo—. Vea lo que sucede con la rata.

Y entonces activó un segundo conector.

El aparato empezó a emitir un sonido más grave e intenso, aunque no molesto en exceso. El animal se movía inquieto dentro de su encierro y los ojillos rojos buscaban nerviosos una escapatoria. Las

---

20 *Herbert George Wells, escritor británico de historias fantásticas (1866-1946).*

patitas rozaban el suelo de la jaula, al que estaba conectado el aparato solar. Temí que, en su locura, Kazuki electrocutara al pobre animal.

Al poco noté un ligero cambio en el roedor. Creí que mis sentidos me engañaban, pero descarté esa falsa impresión porque poco a poco, pero de forma continuada, la rata comenzó a crecer. El profesor me apretó aún más enérgicamente del brazo, sin decir palabra. No hacían falta. Eso era lo que quería que yo viese. Y yo no daba crédito a mis ojos.

—¡No, no puede ser! —llegué a decir, con palabras entrecortadas.

Por fin, cuando la rata ocupaba la totalidad de la jaula y su crecimiento amenazaba con aplastar su blanco y peludo cuerpo contra ella, Kazuki apagó el aparato. El pobre animal se quedó más tranquilo, quieto en una inmovilidad forzada porque apenas disponía de espacio para agitarse. Sentí pena por ella y por los demás seres vivos a los que la ciencia maltrataba a diario de mil y una maneras, y por vez primera el profesor me cayó antipático.

—Esa rata tiene inyectadas las enzimas de las que le hablé —principió cuando ambos nos sentamos en unas sillas del laboratorio, abotargados por las inmensas sensaciones causadas por el experimento—. Practiqué con el mismo animal hará una semana, con similares resultados, aunque éstos se demoraron en aparecer unos días. Sin embargo, ahora he incrementado la capacidad del *potenciador solar*, que es como he llamado a mi invención, y de ahí los efectos casi inmediatos. Creo que asimismo hay que tomar en consideración que ya se la había irradiado antes. Parece un proceso acumulativo.

—Mostraba el aspecto de una rata normal cuando me la enseñó al inicio —objeté con toda la razón del mundo, aún incapaz de asimilar la larga intervención de mi contertulio, cosa inhabitual en él. Mis dudas iniciales sobre su demencia comenzaban a ser cosa del pasado: tenía motivos para estar tan excitado.

—En efecto, Mati, no se equivoca —admitió—. Fue hace unos días, como le he dicho. Conecté mi potenciador y, pocas horas después, la rata adquirió un tamaño algo menor que éste. Luego no hice más pruebas con ella, cubrí la jaula y la guardé en mi departamento

privado, a salvo de miradas indiscretas, para analizarla con más detenimiento pasadas 48 horas.

–Y volvió a su tamaño anterior –observé en un comentario absurdo por obvio.

–Vuelve a acertar. –El profesor estaba mucho más calmo, consciente de que había captado mi atención y contento por compartir su secreto con alguien, aunque fuera un extranjero al que apenas conocía–. Al regresar a por ella para su estudio encontré que había menguado hasta volver a la normalidad.

–Los efectos solares no son permanentes, doctor.

–En efecto, el animal no es capaz de asimilar la energía solar si no es por medio del potenciador. –La inflexión de su voz devino de nuevo distante, impaciente, amenazadora por momentos–. Tal y como preveía –sonrió de una manera que me pareció malévola antes de continuar–. Aún puedo mejorar la enzima para reforzar su capacidad de acumulación, pero...

Calló, se quitó las gafitas, las limpió con un pañuelo que guardaba en el bolsillo de la bata y volvió a colocárselas. Se echó hacia adelante en la silla, hasta acercarse tanto a mí que su aliento caliente llegaba a mi rostro.

–¿Pero qué, doctor? –Me aparté, echando mi cuerpo hacia atrás, aunque no con brusquedad. Seguía sin tenerlas todas conmigo. Nunca me habían gustado las frases que terminaban en *pero*.

–Necesito alguien que me ayude, y que no vaya con chismes sobre mi experimento a nadie. Debe permanecer en secreto, como ya le pedí hace un rato.

–No pretenderá que...

–Le estoy pidiendo que colabore conmigo, Mati. –Se volvió a acomodar en la silla. Su espalda se irguió y pareció más alto, más decidido. Volvía a tomar el control de la situación–. Usted es el hombre apropiado.

–Soy un ignorante en lo referente a las ciencias –objeté–. ¿Por qué no hace esa proposición a un colega suyo, a Yusura o a cualquier otro de su equipo? –sugerí no muy convencido de meter a mi esposa en un asunto tan poco claro.

—Es fundamental que nadie esté al tanto de esto salvo nosotros dos. Si sale mal, quiero ser el único responsable —argumentó mientras rozaba con su mano la manga de mi bata—. Además, no le pido que me ayude a cambio de nada: puedo ofrecerle una suculenta mejora de su contrato... incluso un puesto de mayor responsabilidad para su esposa, Yusura. Quizá un laboratorio mucho mejor dotado, con más medios materiales. Ella necesita toda la ayuda que pueda prestársele, incluso económica. No pasa por el mejor momento... Un parón en su carrera puede ser definitivo.

La misma oferta ocultaba una sutil amenaza. El doctor lo había hecho *ex profeso*, no me cabía la menor duda, sabedor de que me ponía en una situación difícil. Si me negaba, mi despido podía consumarse: yo sabía demasiado y sería un incordio para Kazuki tenerme cerca, con las sospechas de que husmearía en sus cosas e iría con el chisme por el resto de pabellones, algo que, por supuesto, no pasaba por mi imaginación. Incluso la carrera de Yusura corría peligro. ¿Y quién me creería, además, si era despedido y me decidía a contar que el profesor me había llevado a su recinto sagrado científico y mostrado un experimento de dudosa credibilidad? Sólo sería capaz de balbucear explicaciones sobre cosas que no conocía y de las que no tenía ningún fundamento científico.

También, no voy a negarlo, jugaba contra mí la incipiente curiosidad, acrecentada por lo que acababa de ver y escuchar.

—¿Qué debería hacer? —quise saber, y la pregunta llevaba adscrita mi aceptación implícita.

—Ayudarme en la experimentación.

—¿Cómo, profesor? —Sospechaba lo que iba a proponerme. Yo no tenía nada de científico, ni conocimientos, ni preparación, ni siquiera ambiciones personales en ese aspecto.

—Necesito un cobaya humano... —Tragó saliva. Hasta él sopesaba el alcance ético de su propuesta—. Alguien con quien probar la enzima mejorada. Usted.

Yo ya había deducido que era eso lo que en realidad quería el profesor de mí, lo que siempre había buscado. No un ayudante, ni un amigo, ni un confidente, sino un sujeto vivo y consciente que pudiera

describirle con detalle los efectos de su potenciador. Miré la jaula y a la rata que intentaba zafarse de su prisión. En su cuerpo tembloroso atisé un futuro desolador. Pero pudo más la curiosidad, o la ambición, o ambas cosas a la par. El ser humano es incapaz de sobreponerse a las tentaciones.

    Acepté el trato.

    Y ahora, desde la distancia del tiempo, creo que lo hice convencido y henchido de ambición, por mucho que me lo negara entonces.